

# Zubia

REVISTA DE POESIA



SEGUNDA EPOCA. N.º 2 ★ CORDOBA ★ Mayo-Junio 1979

**ZUBIA**  
**REVISTA DE POESIA**

EDITA: Grupo Zubia

La Previsión, 21 - CORDOBA

COLABORAN:

JUANA CASTRO

MERCEDES CASTRO

FRANCISCO CARRASCO

MANUEL DE CESAR

FERNANDO PEREZ CAMACHO

CARLOS RIVERA

ANTONIO RODRIGUEZ JIMENEZ

MANUEL JURADO LOPEZ

MARIANO ROLDAN

como la tarde, amor,  
como la tarde



DONACIÓN

D. Carlos Miraz Suberviola

*La tarde se va  
huida al monte.  
Se lleva sus candelas  
a otros pueblos,  
a otros hombres  
también desalentados  
que bostezan al paio su leyenda.  
Aquí ya somos muchos  
los que desarraigamos  
la fe de cada día.  
La tarde se había ido  
de todas las esquinas,  
recogió sus tinajas  
y puso en desamparo  
los pájaros extraños de la noche.  
En la plaza, a solas  
golpes de soledad  
que ultima algún anciano.  
La torre,  
la iglesia,  
la memoria,  
mil voces juveniles  
en el aire se rompen  
enfriando el momento.*

Francisco CARRASCO

## CARMEN - 16.III.79

Tú me amabas,  
la tarde  
nos llevaba despacio entre las gentes  
y el frío del otoño nos unía los ojos.

Era la paz un dulce  
transcurrir por las calles,  
era aquella  
elemental costumbre de meditarlo todo  
mientras el cigarrillo nos dibujaba el tiempo  
como una mariposa que perdía las alas.

Tú sabrás tantas cosas  
de mi  
que si tuviéramos  
suficiente silencio como entonces  
para llenar de nuevo a borbotones,  
para volver sin riesgo  
sobre los pasos dados,  
me dirías acaso que te olvidó  
sin querer evitarlo.

Qué oculta estás, qué cerca,  
qué impregnada mi vida de la tuya  
para poder un día partir sin tu presencia  
sin quedarme de pronto atónita de culpa.  
En tanto sea incendiable la cicatriz del sueño  
este sur de cenizas te hará más solidaria.

Mercedes CASTRO



# la rosa de los vientos

Ahora soplo del norte: vengo helado,  
a endurecer tu risa si pudiera,  
a congelar tu boca cuando estuvo  
más cerca de mi alma,  
a competir el hielo de tus senos.

Ahora soplo del sur: vengo del fuego,  
hecho de fuego traigo el pensamiento,  
llameantes los ojos, incendiarlos  
los versos y el deseo. Arboledas  
se queman a mi paso.

Ahora vengo del este: lleno vengo  
de luz, de sol, de cantos y de auroras,  
de pájaros volando. Reclén nacido  
vengo. Tierno vengo como los tallos,  
verde, tronchable con tus dedos.

Y ahora soplo de donde los ponientes  
te enseñan a ser cárdeno y sombrío,  
donde la noche empieza.

Manuel DE CESAR



## **SURCA UNA VOZ ATADA A UNA PALOMA**

*A Antonio Rodríguez, novísima palabra  
cordobesa, en desagravio.*

*Surca una voz atada a una paloma  
por la nostalgia ilesa de las torres,  
por todas las gargantas sordomudas  
que hicieron sus maletas de sonidos  
y emigraron detrás de los pulmones.*

*Se derrite el orín  
de las campanas,  
y una lengua de trigo restablece  
los himnos segadores que estuvieron  
proscritos.*

*Se suceden preguntas  
y respuestas con gozo de escucharse  
a sí mismas, sin miedo a la pistola  
que exprima su naranja de elocuencia.  
Alzas la voz y observas cuánto mide  
la sorpresa del hombre que te escucha  
y duda todavía, como un niño  
que encuentra de improviso su juguete.  
Te llueve por detrás de la saliva  
una antigua tormenta de canciones  
oculta entre los labios.*

*Tuya es la voz: tormenta y pentagrama.*

**MANUEL JURADO LOPEZ**

DOS POEMAS DEL LIBRO  
"DIARIO A BORDO DE UNA ISLA"

Poema 29

Si me contemplo herido  
no es porque Dios se vierta  
en este territorio de amapolas  
como una flor asesinada

Huyo

porque el amor ha muerto  
en Dios y estamos solos  
ladrando deicidios en la noche

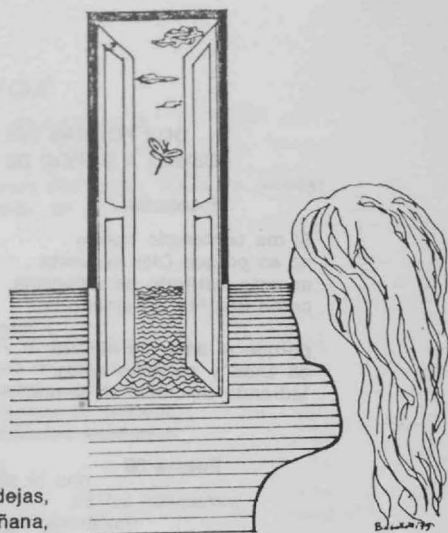
---

Poema 30

**En un día de sangre.  
En un país cainita.  
España 1979.**

Mirad hoy esta isla  
salpicada de sangre  
neutro dolor de pólvora sus labios  
como los ojos de un volcán dormido  
que se asoman al mar y a las palomas  
Desde los "de profundis" del hombre se marchitan  
los pétalos del hombre  
¿Para qué la mirada del jazmín?  
¿Para cuándo su pura soledad  
arrasará de amor todas las olas?  
No hay libertad sin ira  
No hay paz sin ira  
Y el mar avanza rojo  
hacia la espuma de la muerte  
con la injuria del tiempo en su apetito  
en su concupiscencia necesaria.

**Carlos RIVERA**



Aire caliente tu perfil exacto.  
Esencia de mujer la que me dejas,  
cuando huyes de mí cada mañana,  
en busca de otro mundo tan distinto.  
Mi aire huele a tí y mi voz tiene  
un sabor tuyo a canto inconfundible.  
Te puedo imaginar tal como eres;  
tal como eras tú la última noche  
—hace mil noches ya desde la tuya—  
Te vas cada mañana para siempre,  
enemiga del sol y de ese mundo  
irreal o real y tan ajeno  
al goce de mi cuerpo y de tu cuerpo  
por tantas madrugadas repetido.  
¿Eres mujer o aire? ¿Espuma o nube?  
Existes. Yo lo siento y ya me basta.  
A esperar otra noche como aquella,  
en el balcón del sueño donde habito,  
y en la espera ¡Ay dolor! tendré mil ojos,  
mil pistolas cargadas contra el aire  
para evitar que nadie me arrebate  
el tacto de tu cuerpo en ese instante  
imposible y eterno de mi noche.

**Fernando PEREZ CAMACHO**



# En torno a Luis Rosales y a la Generación del 36

(Con la Intervención de FELIX GRANDE)

POR ANTONIO RODRIGUEZ JIMENEZ

A. R. J. — Se ha dicho que la guerra civil produjo un torrente de mala literatura en todos los géneros. ¿Hasta qué punto cree Luis Rosales que la guerra civil pudo influir negativa o positivamente en la poesía española de aquella época?

LUIS ROSALES. — *Creo que esa pregunta, por lo pronto, envuelve dos cuestiones absolutamente distintas: Una, la guerra como inspiración y como raíz; otra, la guerra como consideración temática. Desde el punto de vista temático es indudable que el tema de la guerra es importante, y que cualquier persona que ha tenido suficiente talento para escribir sobre ello ha escrito buenos libros. Es indudable que no se han escrito demasiados buenos libros sobre el tema de la guerra; es decir, el tema ha sido más importante que las personas que lo han escrito, generalmente desde el punto de vista temático. En cambio, hay otra consideración, que es la consideración de la guerra como motivo de inspiración, de arranque de la poesía, de modelación de la personalidad. Creo que desde ese punto de vista la guerra ha sido importantísima; los hombres que hemos pasado por ella hemos aprendido muchas cosas; tenemos un tono dramático, patético, no nos gusta jugar con nada, no nos atrevemos a creer en nada. Los dos extremos de la existencia: El juego y el drama, ni nos entregaban al drama innecesario, ni al juego innecesario; esto va siempre en una línea intermedia que yo considero que es lo más importante del vivir; eso se lo debemos a la experiencia de la guerra, el no atrevernos a jugar y a no aterrarnos ya de nada.*

A. R. J. — Sobre el libro ABRIL, de Luis Rosales, escribió L. F. Vivanco que

se adoptaba una nueva actitud ante la poesía y ante la vida. La aparición de este libro — según numerosos críticos — motivó un cambio positivo en la generación del 36. ¿En realidad hubo un instante preciso en el que se manifestara esa personalidad, esa voz propia de dicha generación, o, por el contrario, la voz propia y la fuerza del grupo se produjo en etapas sucesivas y no — como he dicho antes — en un momento determinado?

L. R. — *La generación está compuesta de elementos personales, los elementos personales han tenido, cada uno de ellos, una vida diferente; y por lo tanto, han tenido una modelación distinta; pero toda generación no depende, ni mucho menos, únicamente del valor de sus representantes personales. Hay algo en la generación mucho más importante: El plural, ese colectivo que es una generación, que es asumir de una manera decisiva, ahormadora de las personalidades individuales. En ese sentido puede decirse que nosotros, como es lógico, como poetas y como hombres, hemos tenido una historia personal anterior, que es la que hemos aportado a la generación; pero prácticamente nuestra generación nace en el año 35, que es el año en que publicamos nuestros primeros libros, tales como el de L. F. Vivanco o como el de Juan Panero. Ya se había publicado el libro de Miguel Hernández, el mío, etc., Miguel, de todos modos, era un poquito mayor que nosotros; era el adelantado de nuestra generación, porque fue el primero que publicó de la generación del 27, y él ya había publicado dos libros en el año 35; primero, "Perito en lunas", y un libro suyo muy significativo, muy importante: "El rayo que no cesa" De modo que fue el año 35 el que*

*dió nacimiento a la generación como tal generación. Y yo entiendo que, efectivamente, en una generación hay siempre vinculaciones que son sumamente importantes, y más importantes que las propiamente individuales.*

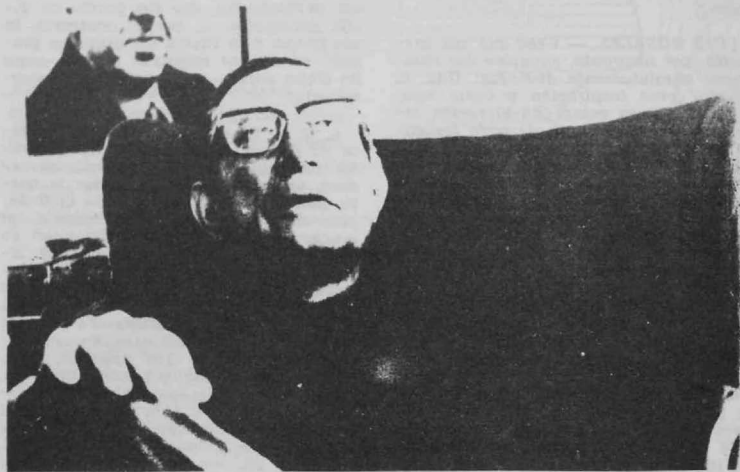
A. R. J. — L. F. Vivanco, en su libro **INTRODUCCION A LA POESIA ESPAÑOLA CONTEMPORANEA**, dijo acerca de la poesía del 36: "La palabra va a ser más importante que la imagen". ¿Cree que se puede hacer buena poesía sin imágenes; o sea, sólo desde el ángulo directo de la realidad?

L. R. — *Siempre se habla contra alguien. Cuando escribí Luis Felipe esas hermosas palabras estaba hablando contra nuestros maestros; entonces lo que estaba diciendo es que para la genera-*

*labra había que devolverle su primacia. De todos modos, lo que no se puede decir con palabras se tiene que decir con imágenes.*

A. R. J. — Luis, quisiera que nos describiera la caracterización humana y literaria de sus compañeros de generación, desde su perspectiva de convivencia. Detalles que le impresionaron y configuran su personalidad, y que de una manera especial hayan permanecido en su memoria.

L. R. — *Me enfrentas conmigo mismo cuando me dices que a las personas que me han constituido, que me han ayudado a vivir, que me han sostenido en tantos momentos de mi existencia, les tenga yo que hacer un último juicio, un juicio más o menos definitivo sobre*



*ción del 27 había tenido una privanza, una primacia, una importancia la imagen que nosotros considerábamos que no debía tener. Y en cierto modo nosotros nos levantábamos con que la poesía fuera un juego de máquina, pensábamos siguiéndolos a ellos, pero siguiendo también a la generación del 98, que la poesía era algo más importante que un juego de imágenes, que era una cosa vital y que dentro de ese tomo vital, de ese tomo de afirmación vital, a la pa-*

*ellas. Yo diría que es lo contrario de lo que yo suelo hacer, o he solido hacer. En realidad, lo que hago a menudo es extender la mano. Es curioso, a los muertos no se les extiende la mano, son ellos los que nos la dan. De todos modos voy a tratar de contestar la pregunta: De Miguel Hernández me gustaba el don verbal, la fuerza verbal, y vitalmente me gustaba la espontaneidad que tenía. He conocido pocos hombres a los que se les viera sonreír desde den-*

tro, porque Miguel hablaba desde dentro; hablaba desde no sé dónde y para no sé quién. De Luis Felipe me gustaba la dignidad, no he conocido a un hombre más seco, más digno, más entero que él. Era capaz de morir de hambre por cualquier cosa. El vivió su vida así, jugándose la entera a la carta primera. Dionisio era un hombre justo, valiente y equilibrado. Yo no he conocido jamás a un hombre justo, equilibrado y valiente. He conocido a muchos valientes, pero eran injustos; una de las cosas más inconcuentes con la razón que hay es la valentía. He conocido muy pocas personas que además de ser razonables fueran contenidas. Todos los de nuestra generación fuimos unos incontentos; yo, incluso de viejo, sigo siéndolo. Luis Felipe siempre lo fue, "a nativitate". No hablemos de Leopoldo; yo, en muchas ocasiones, le he dicho — Leopoldo, que fue una de las personas a las que yo más he querido en el mundo : "Eres la persona más injusta que he conocido"; porque yo no he conocido a nadie tan tajante, y por lo tanto, tan injusto. Un hombre que no decía más que sí o no; es decir, que nunca decía nada que te interesara, salvo cuando no había que decidir, y entonces te encontrabas con él. En cuanto había que decidir algo se cerraba y te cerraba el camino; ya estaba decidido lo que había que poner en litigio, lo que estábamos poniendo en litigio. En ese sentido, eran Dionisio y él las dos personas más absolutamente opuestas; de todos modos, con ellos he vivido mi vida y he aprendido a hacer lo que soy.

A. R. J. — ¿Cómo ve Félix Grande —perteneciente a otra generación más joven, cronológicamente hablando— a la generación reflejada por Luis Rosales?

Félix Grande. — Yo creo que la generación a la que pertenece, en un lugar preponderante, Luis Rosales, ha traído varias cosas interesantes a la reciente historia de la cultura española. Sin distinguir ahora en qué cantidad de carga, de trabajo, de sabiduría, corresponde a cada uno de los hombres, sino hablando de la generación en general, y no sólo de los poetas, sino de los ensayistas y novelistas. Primero han traído algo que hasta esa generación, por lo menos en los años inmediatamente anteriores, no estaba —digamos— de mo-

da: Un respeto activo, vivo, cominante, hacia las raíces culturales de nuestro idioma. Pocas generaciones como la del 36, en la historia de las generaciones literarias españolas, han comprendido con tanta claridad, y han hecho comprender a sus lectores hasta qué punto la cultura no nace nunca con nosotros, hasta qué punto ni siquiera nuestras emociones, nuestros sentimientos, nos pertenecen, sino que son herencias que nos caen en las manos para que hagamos con ellas lo que sepamos; hasta qué punto la maestría, el dolor, la bondad y el coraje que nos antecedieron, son parte de nuestro patrimonio, y están dentro del idioma que ya manejamos en nuestro propio tiempo. Y si no atendemos a ello corremos el riesgo de escribir en el agua, de escribir en la barra de hielo y de caminar en el vacío. El enraizamiento de esta generación en la totalidad de nuestra cultura, desde Jorge Manrique hasta nuestros días, hasta sus días, creo que es una característica fundamental y que distingue muy particularmente la actitud vital e incluso estética de la generación del 36. Su capacidad de aglutinar, de responsabilizarse de una tremenda, riquísima herencia, cargarla a sus espaldas y mostrarla a los lectores, generalmente más jóvenes, como una guía, como una manera de servir a la cultura; y esto fue particularmente importante porque en el que ellos estaban escribiendo era más fácil atender a las exigencias del presente que comprender que buena parte de nuestro presente estaba en las raíces de unos años, de unas décadas o de unos siglos. Con esto ya he insinuado lo que para mí es el todo de los grandes valores de la generación del 36, y sería el talante liberal. Creo que el liberalismo, y no me estoy refiriendo a una forma de entender la organización política exclusivamente entre los seres, de entender el amor, de entender la amistad, el pasado, el presente y el futuro —excepción hecha de algunos nombres ilustres y generalmente aislados como Ortega, como Machado— no ha tenido, quizá nunca en la historia de nuestra cultura, una representación tan cabal, tan obstinada, tan ejemplar, como a través del trabajo de la generación del 36. Y esto también es importante en la historia de nuestra cultura reciente porque esta generación escribía, trabajaba, en tiempos particularmente penosos, en tiempos más propicios para las afirmaciones tajantes o

las negociaciones tajantes, que para la reflexión y el diálogo. Entre nuestros maestros —hablo ya desde mi generación— tendríamos que recordar unos cuantos nombres aislados que la historia ha dejado para siempre en nuestra cultura y no se podría de ninguna manera renunciar a la generación del 36, prácticamente en bloque. Entonces, el enraizamiento, la responsabilidad ante las raíces, el liberalismo y la responsabilidad ante el diálogo, creo que son las dos actividades profundas de esta generación, que nosotros, los escritores posteriores, tenemos que reconocer alguna vez por extenso y agradecer alguna vez de la misma manera.

A. R. J. — Entremos de lleno en la obra de Luis Rosales. ¿En qué medida, el tiempo, el amor y la muerte —estos temas clásicos en poesía— son definitivos a la hora de enjuiciar su obra?



L. R. — No somos del tiempo, somos de tiempo, no somos de tiempo, somos tiempo. El hombre es *tempóreo*. Todo vivir es sucesivo, de tal modo que, como decía Antonio Machado: "Hoy es siempre todavía"; el todavía es el presente actual, es lo que hemos asumido de nuestra vida; y eso que hemos asumido es precisamente lo que se convierte en nuestro todavía, es decir, lo que todavía nos está actualizando, nos está constituyendo, nos está haciendo; en ese sentido somos tiempo. Luego hablabas del AMOR; yo creo que el amor es una palabra de difícil realización vital. Todos decimos amor y creemos que decimos algo, pero cada uno dice una cosa; uno se refiere naturalmente a lo que tiene con la vecina, otro a lo que sueña hacer con la vecina, otro a lo

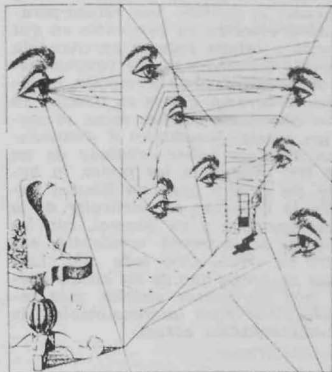
que viene haciendo con su mujer durante 45 años y es una herencia ya, etc. El amor, tal como lo entendemos, es un compuesto protéico en el que intervienen cosas muy importantes, tales como la costumbre. Yo diría que en el amor están los elementos estabilizadores, y todos los elementos estabilizadores no tienen nada que ver con el amor. Los elementos estabilizadores son la costumbre, la ley, la compenetración, e indudablemente el sexo, que es el más importante. Y todos estos son elementos estabilizadores porque nos hacen establecer una relación. Consideramos que el amor tiene algo que ver con ellos; pero el amor es .a resultante de todo ello, pero que se está poniendo en juego en todo momento; el amor es otra cosa, es la capacidad de revisar por completo y de renunciar a todo lo demás, en la medida en que se pueda renunciar; y otra muy difícil: Ese tipo de decisión última en que consiste el amor, ese tipo de armonía integradora en que consiste el amor. No hay frontera dentro de la cual no se encuentre participando el amor, no hay frontera en que no quiera ser comunicable, intercomunicable el amor. Entonces, mientras que lo vivimos, vivimos la única eternidad que le es posible vivir al hombre. El hombre no vive más que dos momentos: Uno, el orgasmo; otro, el amor. Yo no sé si es más duradero el orgasmo que el amor, pero desde luego es más estabilizador que el amor. En definitiva, el amor es eterno mientras dura, y nos hace vivir la única sensación de eternidad que el hombre es capaz de vivir. De la Muerte no tengo nada que decir, es un tema que no me pertenece.

A. R. J. — Su libro, LA CASA ENCENDIDA, quizá sea uno de los mejores que ha publicado hasta la fecha. Me gustaría saber: ¿Qué circunstancias dieron lugar a la creación de ese libro tan patético y sorprendente. O sea, qué angustia, qué amor, o qué horror, ardia en la sangre de Luis Rosales como hombre si es posible, lógicamente, poder deslizar en alguna medida a Luis Rosales hombre de Luis Rosales poeta?

L. R. — Siempre se responde desde distintos niveles porque no hay nunca una respuesta cabal que abarque todos los niveles de la pregunta: En principio, yo escribí LA CASA ENCENDIDA

en la circunstancia más absolutamente estúpida que he tenido es mi vida —en principio, he dicho—. Recuerdo que yo tenía un amigo —del que no voy a decir su nombre— El era un poeta americano importante. Iba todas las noches por mí, solía invitarme a comer. Entonces este amigo solía llegar y me proponía las cosas más absurdas: Que nos fuéramos de putas, jugar una partida de billar; siempre me proponía una manera de aburrimento dual, dialogado. Y aquel día, de pronto, me propuso algo absurdo; que dejara mi vida en paréntesis porque tenía que irse pa-

tarse conmigo, decirme que le espere. Como todo es igual y tú lo sabes...” Y así empezó. Además de eso LA CASA ENCENDIDA es otra cosa; hay otros niveles de respuesta, pero en principio nació así. Al día siguiente, escribí esa noche, esperándole, como una rima; es decir, los 25 o 30 primeros versos. Yo llevaba diez años sin escribir poesía. Escribí por la mañana toda la primera parte, que era mi despedida de soltero. Más tarde llamé a las dos personas a quienes por aquel entonces pedía yo opinión poética, que eran Leopoldo Panero y Dionisio Ridruejo, el cual era perfecto.



Dos dibujos de José Caballero que ilustran la primera edición de "La casa encendida"

ra no sé qué del consulado Me dijo: "No vengo más que a decirte que necesito estar una hora en el consulado... —me explicó el asunto, no sé qué cosa era— pero por lo que más quieras, que es muy importante...". Era tan importante la tontería que teníamos que hacer juntos, que yo tenía que estar esperándolo para hacer esa tontería durante una hora, y así me quedé y pensé: "Qué solo estoy, cómo es posible que tenga tan indefendida la vida, puede venir cualquiera, tocar ese timbre, ci-

En fin, me dijeron que era muy bueno. Yo, como lo decían ellos, lo creí. Y entonces pensé que debía convertir eso en lo que yo andaba buscando desde hacía mucho tiempo; lo que he seguido buscando; yo siempre he querido decir que todo lo que hacemos tiene importancia. Entonces traté de incorporar en ese poema esa idea, que era una idea que me perseguía desde hacía mucho tiempo: El hacer la

poesía en que la realidad alumbrara dándole a todas las cosas cotidianas la importancia que tienen y situándolas dentro de un sistema, dentro de un orden de conexión, dentro de su tamaño y su sentido; y eso es lo que hice, eso es lo que fue LA CASA ENCENDIDA. Debo decir que ahora es cuando estoy escribiendo ese mismo libro desde otro ángulo, desde el ángulo actual. Estoy escribiendo un libro que se llama UN ROSTRO EN CADA OLA, en el que vuelvo a proponerme otra vez el mismo tema: La épica de lo cotidiano.

A. R. J. — Félix ¿Cómo nos resumirías tú la trayectoria poética de Luis Rosales?

F. G. — Para mí la poesía de Luis Rosales es, primero: Un esplendoroso resumen. Yo encuentro en su poesía, como él ha querido que se vea, a veces de un modo muy consciente y otras no tan consciente, creo que también en algunas ocasiones de un modo más emotivo que calculado. Una transfiguración, que es lo que llamamos Luis Rosales, de buena parte de las propuestas estéticas, emocionales o históricas de algunos de los más grandes creadores de lengua castellana. Encuentro, por ejemplo, la temporalidad que estaba en Machado; encuentro la épica de lo cotidiano, que en gran parte, aunque en lenguaje diferente, estaba en Vallejo; el respeto por el poema como organismo vivo, que estaba en Becquer, la revaloración de la palabra— díramos— cotidiana, sencilla, y la revaloración no por el elogio de la sencillez,

sino por la revelación de que en la sencillez está el extremo y lo total, y esto estaba en el "Romancero" y en el "Cancionero" anónimos, encuentro la imaginación como una de las más necesarias y productivas calenturas de creación verbal, y esto estaba, en líneas generales, en el Surrealismo y de un modo muy particular en zonas muy importantes de la obra de Lorca; encuentro un montón de legados, de raíces, pero transfigurados a través del trabajo y de la vida propia de Luis Rosales; y a esta transfiguración es a lo que llamamos la poesía de Luis Rosales. En resumen, para mí la obra de Rosales es una poética en la que encuentro un extraordinario amor por lo vivo con todas sus consecuencias, una valoración de la temporalidad, que no por provenir de don Antonio Machado era menos necesaria en la época en que yo empecé a leer y a aprender a escribir, una reincorporación de la emoción en momentos en que la poesía o estaba todavía aprehendida en ciertas veleidades de los vanguardismos, que prescindían de la emoción, incluso como programa, o bien en tiempos en que las emociones, muchas veces, se confundían con los fanatismos. Y finalmente, no obstante haber señalado de un modo tan atóxico las raíces, la herencia, las deudas que Luis Rosales tiene con la tradición en particular de la lengua española, y en general, con las conquistas de la poesía occidental, encuentro un estilo. Con todo ello, Luis Rosales ha hecho uno de los estilos poéticos más claramente visibles, más indudables, más poco intercambiables, de la poesía española actual.







## Un Poema malo

(Autohomenaje con sordina)

Consecuente conmigo  
y con mi estética actual (y anterior)  
he de escribir ahora, qué aventura,  
un buen poema malo.  
Un poema que sea  
tan malo que, al leerlo, se me diga:  
«¡Qué malo es el poema que has compuesto!».

Habré primero de luchar  
contra la habilidad que da el oficio,  
es decir, ejercer severa crítica  
de medios y finales. Para ello  
nada mejor que controlar el habla  
y dejar que el poema  
se enfade con mi esfuerzo y no camine.

Después no vendrá mal  
elegir algún tema sacratísimo  
que ande en antologías mundiales prestigiosas,  
verbigracia el amor y sus desvelos,  
tántalo en flor, muerto de apasionado  
a unos quince centímetros de la eyaculación  
verbal, versal, definitoria...



Más tarde, ya en camino  
del desastre seguro, mas cuidando  
de cortarle la cresta a cada endecasílabo o hexámetro,  
si a gallear se atreve su buena compostura  
(no sea que digan que mi esfuerzo es válido)  
y haciendo pobres los sonidos  
para que no se escuche sino el girar del mundo,  
procuraré no expresar nada, en la apariencia  
de expresar suficiente,  
y heré como que medro y hay ganancia  
del blanco del papel, y así durante tiempo indefinido,  
mientras lo sufra la armonía,  
madre también de lo mal hecho.

Aunque al llegar aquí,  
me arrepiento de todo lo dicho, porque sé  
que, como al vino a veces, me rendiré al poema,  
vivo frente a mis ojos, y existiendo  
con la belleza de lo vivo,  
el cual me advertirá con su alegría  
de que él no es malo, ni moral, ni cómplice,  
sino expresivo, como cualquier forma  
que consta y hace mundo, y no termina...

Mariano ROLDAN



# POETAS CORDOBESES DE HOY

Un libro muy definidor de Carlos Clementson

Carlos Clementson, poeta cordobés, acaba de darnos su tercera entrega poética en este magnífico libro de pleno contenido barroquizante, donde armonizan de una manera objetiva el concepto de lo bello natural a través del lenguaje con la función vivificadora del contenido humano de su poesía.

DE LA TIERRA, DEL MAR Y OTROS CAMINOS es un libro que hay que evaluar detenidamente dentro de un contexto de postulados diversos. Arranca el libro de una actitud contemplativa de la naturaleza entorno muy tradicional en la poesía de Clementson, actitud que se va adensando en la construcción del libro con imágenes y metáforas de muy alto logro, si bien perdiendo algo de su rigidez estructural en apoyo de una mayor flexibilidad venida del declinar en algunos poemas hacia formas más libres, con versos de ruptura en pie quebrado o dando a estos cierto cauce de encabalgamiento de curso libre en el que aumbra una voluntad de evolución formal que los aligera un tanto, aunque dentro de su densa atmósfera de adjetivación algo prolíja. Hay una parte del libro en la que el poeta vuelve a sentirse inmerso en un sentimiento de austeridad concreta, de vigilia conciliadora con un mundo litoral, que es para él trasfondo familiar y con el que mantiene perenne identidad de principio. Carlos Clementson es un hombre de tierra adentro, pero el poeta le nace de un continuo brujulear mediterráneo donde transcurre parte de su vida de estudiante y siente por primera vez la llamada de lo eterno poéticamente. En tierras murcianas cursa la licenciatura y publica CANTO DE LA AFIRMACION. El segundo libro, LOS ARGONAUTAS Y OTROS POEMAS, aparece cuando ya el poeta reside en Córdoba. Y este que nos ocupa, que ha sido galardonado con uno de los accésits del premio Adonals en el año último, es el tercero de sus libros.

La obra de Clementson hasta hoy apunta hacia una realidad muy concreta. Hombre de una gran cultura clásica, su poesía por lo tanto no puede andar exenta de cultura, registrándose con frecuencia en este libro, poemas enriquecidos con una gran carga de adjetivación que, ya comenté, entiendo algo excesiva y que le resta en ocasiones verbilidad de desenvolvimiento conceptual. Ejerce el poeta un fácil empleo del verbo naturalmente claro, estimulante y receptivo aunque otras veces actúa condicionando la amplitud algo marmórea del verso, dando a éste valoraciones un tanto prolíjas como en el poema INVOCACION AL ENTUSIASMO, por citar uno, en el que el verso se hace tan discursivo que roza lo prosaico, pero bien entendido, de una forma bella y magistral. El libro está invadido por una constante luz renovadora que promueve en el ánimo continuas sugerencias emocionales de soledad marina y rojos crepúsculos concupiscentes donde lo humano se petrifica y reina con fuerte poder intemporal:

"Traía de las aguas una rama de sal entre los dientes...

Véase como en esta bella imagen, cogida entre muchas, la sal adquiere, por la fuerza expresiva, un nuevo valor estético ganando presencia vegetal venida hasta nosotros de un mar universal acaecido de inmemorial diluvio, serenándose a la contemplación del poeta que, con su lenguaje sugerente, transmuta en la

"Verde beatitud de la marina...

El libro en todo su contenido mantiene una unidad muy vinculadora a vivencias del poeta que desde su atalaya de la memoria reconstruye pasajes retrospectivos de un ensimismamiento mediterráneo, trascendido de fuerte clima greco-latino y llega el poeta hasta la costa oriental de Grecia junto a la magia petrificante del ciprés que en Sunlum alzó su reino místico y nos recuerda aquel otro ciprés que idealizara Gerardo en:

"enhiesto surtidor de sombra y sueño...

por otro mar adentro, mar de Castilla, en Silos.

En la segunda parte del libro, el poeta entra en una especie de éxtasis amoroso, como estela redimida de luz entre las ondas del viejo mar latino que habita su dulce melancolía, ausente de su mundo marino y un autorretrato final muy definidor y consecuente con lo que el poeta vive y ama cada día de su itinerante historia interior.

Francisco CARRASCO